

las ramitas de cardo pegadas al bajo de su vestido.

Federico pensaba principalmente en lo que se había callado. ¿Por qué grados pudo salir de la miseria? ¿A qué amante debía su educación? ¿Qué había pasado en su vida hasta el día en que él visitó su casa por primera vez? Su última confesión impedía las preguntas; sólo le hizo una: ¿cómo había conocido á Arnoux?

—Por la Vatnaz.

—¿No eras tú la que ví una vez en Palais-Royal, con ellos dos? Y citó la fecha precisa. Rosanette hizo un esfuerzo.

—Sí, es verdad.... No estaba yo muy contenta en aquel tiempo.

Pero Arnoux se había manifestado excelente. Federico no lo dudaba. Sin embargo, su amigo era un hombre singular, lleno de defectos; y tuvo buen cuidado de recordarlos. Ella convino con Federico.

—Pero no importa.... Así y todo se le quiere á ese camello.

—¿Ahora también?—dijo Federico.

Ella se ruborizó, medio riendo, medio enfadada.

—No; esto es una historia antigua. No te ocultó nada. Y aun cuando eso fuera, hay gran diferencia! Por lo demás no te encuentro muy benévolo con tu víctima.

—¿Mi víctima?

Rosanette le cogió la barba.

—Sin duda.

Y ceceando, á la manera de las nodrizas, añadió:

—No hemos sido siempre formales; hemos hecho ro-ro á su mujer.

—¡Yo! Jamás; en mi vida.

Rosanette se sonrió, y él se sintió mortificado con la sonrisa, prueba de indiferencia, según creía. Pero ella preguntó dulcemente y con una de esas miradas que imploran la mentira:

—¿De veras?

—De veras.

Federico juró bajo palabra de honor que nunca había pensado en la señora de Arnoux, estando, como estaba, muy enamorado de otra.

—¿De quién, pues?

—De usted, hermosa mía.

—¡Ah! No te burles de mí. Me irritas.

Juzgó él prudente inventar una historia, una pasión, con detalles circunstanciados. Aquella persona, por lo demás, le había hecho muy desgraciado.

—Decididamente no tienes suerte—dijo Rosanette.

—¡Oh, oh! quizás, queriendo dar á entender con estas exclamaciones muchas buenas futuras, para dar de él mejor opinión; del mismo modo

que Rosanette no confesaba todos sus amantes para que él la estimase más; porque en medio de las más íntimas confidencias, hay siempre restricciones, por falsa vergüenza, delicadeza, piedad. Descúbrense en otro ó en uno mismo precipicios ó fangos que impiden continuar; se sieute, además, temor de no ser comprendidos; es difícil expresar exactamente lo que sea; por eso son raras las uniones completas.

La pobre Mariscala jamás había conocido ninguna mejor. Muchas veces, cuando contemplaba á Federico, acudían á sus ojos las lágrimas, después los alzaba, ó los fijaba en el horizonte, como si percibiera alguna gran aurora, perspectivas de felicidad sin límites. Por último, cierto día confesó que deseaba que dijeran una misa «para que sea dichoso nuestro amor.»

¿De qué procedía el que le hubiera resistido tanto tiempo? Ella misma no lo sabía. Renovó él la pregunta muchas veces, y contestaba estrechándole en sus brazos:

—Tenía miedo de amarte demasiado, querido mío.

El domingo por la mañana, Federico leyó en un periódico, en una lista de heridos, el nombre de Dussardier. Dió un grito, y enseñando el papel á Rosanette, declaró que iba á marcharse inmediatamente.

—¿Para qué?

—Pues para verle, para cuidarle.

—Supongo que no irás á dejarme sola.

--Ven conmigo.

—¡Ah! que vaya á meterme en semejante sacracina; muchas gracias.

—Sin embargo; yo no puedo...

—Ta, ta; como si faltaran enfermeros en los hospitales. Y, después de todo, ¿para qué se mete en esas cosas? Cada uno para sí.

Indignose de aquel egoismo, reprochándose de no hallarse con los otros. Tanta indiferencia hácia las desgracias de la patria tenía algo de mezquino y burgués. Su amor le pesó de repente como un crimen. Durante una hora estuvieron riñendo. Luego suplicó ella que esperase, que no se expusiera.

—¡Si por casualidad te matan!

—No haré sino cumplir con mi deber.

Rosanette dió un salto. En primer lugar, su deber era amarla. Es que ya no la quería, indudablemente. Eso carece de sentido común. ¡Qué idea, Dios mío!

Federico llamó para pedir la cuenta. Pero no era fácil volverse á París. El coche de las mensajerías Leloir acababa de salir; las berlinas Lecomte no marcharían, la diligencia del Bourbonnais pasaría tarde por la noche, y quizás vendría llena; no sabían. Cuando hubo perdido mucho tiempo en aquellas reflexiones, se le ocu-

rió á tomar la posta. El dueño rehusó facilitarlos caballos, no teniendo Federico pasaporte. Por fin alquiló una calesa (la misma que les había paseado) y llegaron al hotel del Comercio, en Melun, hacia las cinco.

La plaza del Mercado se hallaba cubierta de grupos de armas. El gobernador había prohibido á los guardias nacionales el ir á París. Los que no eran de su departamento querían continuar su camino. Se gritaba, y la posada estaba llena de tumulto.

Rosanette, sobrecogida de miedo, declaró que no iría más lejos, y aun le suplicó que se quedara.

El posadero y su mujer se unían á sus ruegos. Un hombre excelente que comía, se mezcló en el asunto, afirmando que la batalla terminaría á poco; además, era preciso cumplir con el deber.

Entonces la Mariscala redobló sus sollozos. Federico estaba exasperado; le dió el bolsillo, la abrazó vivamente y desapareció.

Al llegar á Corbeil, en la estación le dijeron que los insurrectos habían cortado los rails en algunos sitios, y el cochero rehusó llevarle más lejos, porque, porque sus caballos, según decía, estaban «rendidos».

Sin embargo, mediante su protección, obtuvo Federico un malísimo cabriolé que, por la

suma de sesenta pesetas, sin contar la propina, consintió en llevarle hasta la barrera de Italia. Pero á cien pasos de la barrera su conductor hizo que se bajara y se volvió. Federico iba por el camino, cuando de repente un centinela cruzó la bayoneta. Cuatro hombres le sujetaron, vociferando:

—¡Uno más! ¡Cuidado! ¡Regístradle! ¡Bandido! ¡Canalla!

Y su estupefacción fué tan profunda, que se dejó arrastrar hasta el puesto de la barrera, en el punto mismo donde convergen los boulevares de los Gobelinos y del Hospital, y las calles Godefroy y Mouffetard.

Cuatro barricadas formaban al extremo de las cuatro vías enormes taludes de piedras; algunas antorchas chirreaban; á pesar del poivo que se levantaba, distinguió soldados de línea y guardias nacionales con la cara negra, despechugados, hoscos. Acababan de tomar la plaza y habían fusilado muchos hombres; su cólera duraba todavía. Federico dijo que llegaba de Fontainebleau á socorrer á un camarada herido que vivía en la calle Bellefond; nadie quiso creerle al principio; se examinaron sus manos, hasta se le acercaron para asegurarse de que no olía á pólvora.

Sin embargo, á fuerza de repetir la misma cosa, acabó por convencer á un capitán, que

mandó á dos fusileros que le llevaran al puesto del Jardín de Plantas.

Bajaron el bulevar del Hospital. Soplaba una fuerte brisa, que le reanimó. Volvieron después por la calle del Mercado de Caballos. El Jardín de Plantas, á la derecha, formaba una gran masa negra, mientras que á la izquierda, la fachada entera de la Piedad, iluminada en todas sus ventanas, llameaba como un incendio, y por detrás de sus cristales pasaban sombras.

Los dos hombres de Federico se marcharon; otro lo acompañó hasta la Escuela Politécnica.

La calle de San Victor estaba muy oscura, sin un farol de gas ni una luz en las casas. De diez en diez minutos se oía:

—¡Centinela alerta! Y este grito lanzado en aquel silencio se prolongaba como la repercusión de una piedra que cae al abismo.

Algunas veces se aproximaba el son de los pesados pasos de una patrulla de cien hombres lo menos; chicheos y choques vagos de hierro se escapaban de aquella masa confusa, que, alejándose con rítmico balanceo, se confundía con la oscuridad.

En medio de las encrucijadas había un dragón á caballo, inmóvil. De cuando en cuando, pasaba un correo á escape y luego volvía el silencio. El rodar de los cañones sobre las piedras, y á lo lejos, resultaba sordo y formidable;

el corazón se estremecía de aquellos ruidos tan diferentes de todos los ruidos ordinarios; hasta parecía que contribuían á prolongar el silencio, profundo, absoluto, silencio negro. Algunos hombres de blusa blanca se acercaban á los soldados, les decían una palabra, y se desvanecían como fantasmas.

El puesto de la Escuela politécnica estaba atestado de gente. Algunas mujeres ocupaban el dintel, pidiendo ver á sus hijos ó á su marido. Enviábanlas al Panteón transformado en depósito de cadáveres. Y nadie escuchaba á Federico, que se obstinaba, jurando que su amigo Dusardier le esperaba, que iba á morir. Al fin le asignaron un cabo para conducirlo á la calle de San Jacobo, en la alcaldía del 12.º distrito.

La plaza del Panteón estaba repleta de soldados acostados sobre paja; amanecía y los fuegos del vivac se apagaban.

La insurrección había dejado en este barrio formidables huellas. El piso de las calles se encontraba de uno á otro extremo lleno de hoyos desiguales. Sobre las arruinadas barricadas quedaban todavía ómnibus, cañerías de gas, ruedas de carretas; algunos charcos negros en ciertos sitios, debían ser de sangre. Las casas se veían acribilladas de proyectiles, y su armazón se descubría por los desconchones del yeso. Algunas persianas, sujetas de un solo clavo, colgaban

como gironés, como las escaleras se habían hundido, las puertas se abrían al aire. Se percibía el interior de las habitaciones con sus papeles en pedazos; cosas delicadas resultaban á veces conservadas intactas. Federico tuvo ocasión de ver un reloj, el palo de un papagayo, grabados,...

Cuando entró en la Alcaldía, los guardias nacionales charlaban sin parar de los muertos de Brea y de Negrier, del representante Charbonnel y del arzobispo de París. Decíase que el duque de Aumale había desembarcado en Boloña, Barbés, huido de Vincennes, que la artillería llegaba de Bourges, y que aflúan los socorros de las provincias. Hacia las tres, alguien trajo buenas noticias; parlamentarios del motín estaban en casa del Presidente de la Asamblea.

Entonces la gente se alegró, y como Federico tenía aún doce francos hizo traer doce botellas de vino, esperando de ese modo apresurar su libertad. De repente se creyó oír un tiroteo; miraron al desconocido con ojos desconfiados; podría ser Enrique V.

Para no contraer responsabilidad alguna, lo transportaron á la Alcaldía del 11.º distrito, de donde no le permitieron salir antes de las nueve de la mañana.

Fué corriendo hasta el muelle Voltaire. En una ventana abierta, un viejo, en mangas de camisa, lloraba con los ojos hacia lo alto. El Sena

seguía su curso apaciblemente; el cielo se veía enteramente azul; los pájaros cantaban en los árboles de las Tullerías.

Federico atravesaba el Carrousel cuando pasaron unas angarillas. La guardia presentó las armas inmediatamente, y el oficial dijo llevando la mano á su chacó: «Honor al valor desgraciado.» Esta frase se había hecho casi obligatoria; el que la pronunciaba parecía siempre solemnemente conmovido. Un grupo de gentes furiosas que escoltaba las angarillas, gritaba:

—¡Nos vengaremos! ¡nos vengaremos!

Los coches circulaban por el bulevar; las mujeres delante de las puertas hacían hilas. Sin embargo, el motín estaba vencido ó faltaba muy poco; una proclama de Cavaignac, fijada hacia un instante, así lo anunciaba. En lo alto de la calle Vivienne, apareció un pelotón de móviles. Entonces los vecinos lanzaron gritos de entusiasmo; se quitaban los sombreros, aplaudían, bailaban, querían abrazarles, ofrecerles de beber, y las señoras de los balcones arrojaban flores.

Por fin, á las diez, en el momento en que gruñía el cañón, para tomar el barrio de San Antonio, llegó Federico á casa de Dussardier, encontrándole en su bohardilla, acostado de espaldas y durmiendo. De la pieza próxima salió una mujer andando sin hacer ruido; era la señorita Vatnaz.

Llevó á Federico á un rincón y le contó cómo había recibido su herida Dussardier.

El sábado, encima de una barricada, en la calle Lafayette, un pilluelo cubierto con una bandera tricolor, gritaba á los guardias nacionales: «¿Vais á tirar contra vuestros hermanos?» Al acercarse, Dussardier bajó su fusil, apartó á los demás, saltó sobre la barricada, y de un zapatazo derribó al insurrecto, arrancándole la bandera. Halláronle en los escombros con el muslo agujereado por un lingote de cobre; había sido preciso extraer de la llaga el proyectil.

La Vatnaz había venido aquella misma noche y desde entonces no le abandonaba. Preparaba con inteligencia todo cuanto se necesitaba para curar la herida, le ayudaba á beber, adivinaba sus menores deseos, iba y venía más ligera que una mosca y le contemplaba con tiernos ojos.

Federico, durante dos semanas, no dejó de venir todas las mañanas. Un día que hablaba del sacrificio de la Vatnaz, Dussardier se encogió de hombros.

—¡Ah! no; es por su interés.

—¿Crees tú?—Y él contestó:—Estoy seguro—sin querer explicarse mas.

Colmábale ella de atenciones, hasta traerle los periódicos, en que se exaltaba su hermosa acción; aquellos homenajes parecían importunar-

le, y aún confesó á Federico la turbación de su conciencia.

Quizás habría debido colocarse del otro lado, con las blusas; porque al fin les habían prometido un montón de cosas que no habían cumplido. Los vencedores detestaban la República, y después habían estado muy duros con ellos. No tenían razón, indudablemente, pero no les faltaba en absoluto, sin embargo; y el excelente muchacho se veía torturado por la idea de que podía haber combatido contra la justicia.

Sénécal, encerrado en las Tullerías, bajo la terraza de orillas del agua, no sentía ninguna de aquellas angustias.

Estaban allí novecientos hombres, amontonados en la inmundicia, mezclados, negros de pólvora y sangre coagulada, sufriendo la fiebre, gritando de rabia, y ni aún retiraban á los que se morían allí entre los demás. A veces, al súbito ruido de una detonación, creían que iban á ser todos fusilados; entonces se precipitaban contra las paredes, caían en sus sitios luego, de tal modo atontados por el dolor, que les parecía vivir en una pesadilla, una fúnebre alucinación. La lámpara colgada de la bóveda tenía el aspecto de una mancha de sangre, y producidas por las emanaciones de la cueva, revoloteaban llamas pequeñas amarillas y verdes. Ante el temor de las epidemias, se nombró una comisión. Des-

de los primeros escalones, el presidente se hizo atrás espantado por el olor de los excrementos y de los cadáveres. Cuando los prisioneros se aproximaban á la lumbrera, los guardias nacionales, que estaban de guardia, para impedirles que rompieran las rejas, daban bayonetazos, al azar, al montón.

Fueron crueles, en general. Los que no se habían batido querían señalarse; era el desbordamiento del miedo. Vengábanse al mismo tiempo de los periódicos, de los clubs, de los corrillos, de las doctrinas, de todo lo que exasperaba hacía tres meses; y á despecho de la victoria, la igualdad (como para castigo de sus defensores y la irrisión de sus enemigos) se manifestaba triunfalmente, una igualdad de brutos, un mismo nivel de sangrientas infamias; porque el fanatismo de los intereses equilibró los delirios de la necesidad, la aristocracia experimentó los furros de la crápula, y el gorro de algodón no se manifestó menos repugnante que el gorro encarnado. La razón pública se hallaba perturbada, como después de los grandes cataclismos de la naturaleza. Gentes de talento se quedaron idiotas para toda su vida.

El tío Roque se había hecho muy bravo, casi temerario. Llegó á París el 26 con los de Nogent y en vez de volverse con ellos, había ido á reunirse á la guardia nacional que acampaba en

las Tullerías, dándose por muy contento con que le colocaran de centinela delante de la terraza de orillas del agua. A lo menos, allí, los tenía en su poder, á aquellos bandidos. Gozaba con su destrucción, con su abyección, y no podía prescindir de insultarles.

Uno de ellos, adolescente, de largos cabellos rubios, acercó su cara á los barrotes pidiendo pan. El Sr. Roque le mandó que se callara; pero el joven repetía con voz lastimera:

—¡Pan!

—¿Lo tengo yo acaso?

Otros prisioneros se presentaron en la lumbrera, con sus barbas herizadas, sus pupilas echando fuego, empujándose todos y ahullando.

—¡Pan!

El tío Roque se indignó al ver su autoridad desconocida. Para asustarles les apuntó, y arrasado hasta la bóveda por la oleada que le ahogaba, el joven, con la cabeza echada atrás, gritó una vez más:

—¡Pan!

—Toma; ahí lo llevas.—Dijo el tío Roque disparando su fusil.

Sintióse un ahullido enorme, después, nada. En la punta de la baqueta se había quedado algo blanco.

Después de lo cual, el Sr. Roque se fué á su casa; porque poseía en la calle de San Martín

una casa en que se había reservado un apeadero, y los desperfectos causados por el motín en la fachada de su inmueble, no era lo que menos había contribuido á ponerle furioso. Al volverla á ver le pareció que había exajerado el daño; porque su acción de antes le apaciguaba como una indemnización.

Su hija misma le abrió la puerta, diciéndole seguidamente que su ausencia, excesivamente larga la había inquietado, temiendo una desgracia, una herida.

Aquella muestra de amor filial enterneció al Roque.

Le extrañó que se hubiera puesto en camino sin Catalina.

—La he enviado á un encargo —contestó Luisa.

Y se informó de su salud y de unas cosas y otras; después, con tono indiferente, le preguntó si por casualidad había encontrado á Federico.

—No, por cierto.

Por él solamente hizo ella el viaje.

Alguien andaba por el corredor.

—¡Ah! perdón... Y desapareció.

Catalina no halló á Federico, ausente hacia muchos días, y su íntimo amigo el Sr. Deslauriers estaba por entonces en provincias.

Luisa volvió toda trémula, sin poder hablar y apoyándose en los muebles.

—¿Qué tienes? ¿qué es lo que tienes?—exclamó su padre.

Hizo ella señas de que no era nada, y por un gran esfuerzo de voluntad se repuso.

El del restaurant de enfrente trajo la sopa. Pero el tío Roque había sufrido una emoción demasiado violenta. «Aquello no podía pasar, y á los postres tuvo una especie de desfallecimiento. Fueron á buscar inmediatamente un médico, que prescribió una poción. Después, cuando estuvo en la cama, el Sr. Roque exigió el mayor número de cobertores posible para sudar. Y suspiró y gimió.

—Gracias, mi buena Catalina. Besa á tu pobre padre, pichón mío. ¡Ah! estas revoluciones!

Y como su hija le reñía por haberse puesto malo, atormentándose por causa de ella, replicó:

—Sí, tienes razón; pero esto es más fuerte que yo. Soy demasiado sensible.